

ORIGEN DE NUESTRAS CONCEPCIONES ACTUALES DEL TRABAJO*

(Ensayo sobre Trabajo y Responsabilidad)

Conferencista:
Dr. GUSTAVO GONZALEZ C.
Departamento de Ingeniería Industrial
Facultad de Ingeniería
Universidad de los Andes

AGRADECIMIENTO Y DEDICACION

Con motivo del Séptimo Congreso Nacional de Ingenierías Administrativas e Industrial, el Departamento en donde soy profesor, me brindó el apoyo para escribir éstas notas en versión de ponencia. Estas obedecen a un largo itinerario intelectual cuyas primeras intuiciones no sabría cuando se originaron, pero de lo que si estoy seguro es que amigos y enemigos, familiares y conocidos, estudiantes y profesores, todos me han ayudado.

Aquellos estudiantes que con paciencia, tolerancia y entusiasmo han asistido al curso y seminario que sobre trabajo humano organizamos desde hace año y medio en el Departamento, han constituido el acicate intelectual para dejar mis inquietudes por escrito. No sería justo mencionar sólo algunos, pues cometería omisiones involuntarias, pero a Lucía Gómez, hoy asistente graduada, no puedo dejar de agradecerle su perseverancia en la transcripción de mi manuscrito (o jeroglíficos) al procesador de palabras, cuya versión es la que aquí aparece.

Difícilmente hubiera logrado estas reflexiones en el querido bullicio de mi oficina. Ha sido en la intimidad y sosiego de nuestro hogar donde se vertieron el papel; agradezco a mis padres que me enseñaron a pensar, a mi suegra que toleró mis disquisiciones, a nuestros hijos que me despertaron a la tremenda tensión entre mente y corazón y a Susana, mi esposa, quien me enseñara a pensar críticamente y es fuente permanente de inspiración, le dedico este trabajo.

Septiembre, 1983

* Conferencia presentada con motivo de la celebración de los 10 años de labores del Departamento de Ciencia de la Información de la U. Javeriana, Bogotá, Noviembre 8 de 1983.

Algunas de las ideas aquí expresadas serán expuestas en el curso de Educación Continuada "IMPACTO DE LOS SISTEMAS DE INFORMATICA EN LA ORGANIZACION" en la conferencia sobre "ADMINISTRACION DEL CAMBIO". En este ensayo se exploran los orígenes de las ideas contemporáneas sobre el trabajo en nuestra sociedad y por lo tanto creemos que ellas contribuyen al entendimiento del conflicto de valores que subyace en el problema de la administración del cambio. Creemos que la explicación de valores o actitudes y sentimientos respecto al significado que tiene el trabajo y la tecnología para cada uno de nosotros constituye el primer paso en el entendimiento de los conflictos y por lo tanto en su solución realista.

Octubre, 1983

INTRODUCCION

Al conocer de los encarcelamientos de varios compañeros profesionales de mi generación, de otros que aún esperan con ansiedad y desesperanza la definición no sólo jurídica sino social, debida a la sospecha sobre sus actuaciones, y, finalmente de aquellos que, aunque cerebros de las argucias, disfrutaban de la impunidad que una inmadura legislación internacional les propicia, me pregunté: —sin desear restarle la responsabilidad individual que a cada uno le cabía: al contrario, buscando esclarecer las causas que contribuyen a que los hombres tomemos malas decisiones— ¿Cuál sería la influencia que pudo haber desempeñado en nosotros el cúmulo de conocimientos científicos y tecnológicos recibidos durante nuestra formación universitaria? ¿Si serían tan neutrales en valores todas aquellas ciencias exactas, naturales y sociales que se nos inculcaron? ¿No llevarían acaso estas una imagen implícita sobre la naturaleza del hombre y la sociedad bajo cuya égida se conformaron nuestros valores? Y aunque no se nos habló formalmente de ética, creo que inconscientemente cada cuál construyó la suya, a su amaño, racionalizándola con la ciencia y tecnología que un título profesional le acreditaba.

No es que me halle en un ejercicio académico de cacería de brujas y afirme que ya encontré una: la ciencia y la tecnología. No, la cosa no es así de sencilla, pues éstas, como formas de pensamiento y quehaceres humanos, no pueden negar los valores del hombre que las personifican y por ende influir en su actuar. Como también influyen en nuestro actuar el ejemplo de los mayores: sus prácticas profesionales, comerciales y laborales hacen mella en nosotros; y así multitud de otras características. Sin embargo mi posición filosófica y científica es la de que, en última instancia, es la decisión del hombre —su pensamiento, su corazón y su voluntad— la principal responsable de nuestro destino. Las decisiones que cada uno de nosotros toma ante las opciones que la vida nos depara; profesional, técnico u obrero; burgués, proletario, terrateniente o campesino; padre, madre, niño o anciano; estudiante o desempleado: sus decisiones y actuaciones conforman la trama de la historia, nuestro presente y nuestro futuro. No dudo que el contexto cultural, histórico, económico y social, incluso hasta nuestra herencia biológica, pesen en el destino del hombre, pero, en última instancia, repito, es nuestra decisión personal y nuestro actuar lo que conforma nuestro destino. Es decir, creo en la libertad del hombre y por ende en su total responsabilidad por las consecuencias que se deriven de sus actos. Luego, si ante la actual crisis económica, social y moral del país, de cacería de brujas se trata, respondería que cada uno de nosotros tiene su escoba.

Deseo por lo tanto, como modesta contribución al tema de este congreso ofrecerles algunas reflexiones que espero iluminen un poco el panorama de cómo gran parte de las ciencias y tecnologías administrativas importadas y gran parte de las creadas por nosotros en el país, llevan implícitas una imagen del hombre y la sociedad que no sólo incitan a una determinada práctica empresarial sino que ayudan a racionalizar con éticas particulares.

Utilizaré el término de TRABAJO HUMANO como sujeto de reflexión que aunque como concepto es demasiado amplio y por lo tanto se presta a disquisiciones que muchos consideran bizantinas creo sin embargo que me permite expresar con coherencia mis inquietudes.

No hay duda que el análisis de las condiciones objetivas del trabajo (e.g. las formas como este se sucede en la realidad: su estudio y descripción) ha permitido un mejor entendimiento de tan importante aspecto del actuar humano. Los estudios en estos temas, comúnmente conocidos como pertenecientes al área de la sociología industrial pero que hoy reciben valiosos aportes de otras áreas de la ciencia tales como la psicología (psicología del trabajo), del derecho (derecho laboral) y de la ingeniería industrial (tiempos y movimientos, relaciones industriales) han permitido no sólo un aumento de la productividad; deseo que casi siempre subyace en quien los financia, sino unas mejores condiciones para la realización del trabajo, propósito que casi siempre anima al investigador de estos temas.

No ha recibido igual interés el análisis de las condiciones subjetivas del trabajo. En estas queremos incluir las éticas, valores y normas, las ideologías y todas aquellas ideas que en alguna forma inciden sobre las actitudes de las personas y que contribuyen no sólo a que el trabajo sea realizado en determinada forma sino al significado que este pueda tener para quien lo realiza. No existen muchos estudios que documenten bajo una perspectiva histórica la evolución de ideas sobre el trabajo humano, creemos que todo esfuerzo en este sentido ayudaría no sólo a entender mejor este fundamental aspecto del actuar humano, sino que serviría de base para contribuir a la construcción de una teoría sobre el trabajo del hombre latinoamericano: punto de partida indispensable para la gestación de una auténtica filosofía del desarrollo de nuestros pueblos.

A lo largo de esta charla, entenderemos por trabajo humano todo esfuerzo físico y/o mental hecho por el hombre, encaminado a conocer y transformar la naturaleza y cuyo ejercicio prolongado produce fatiga. El problema del trabajo humano por lo tanto incluirá el de *alienación o enajenación* del que hablara el joven Marx, el de *anomía* estudiado por Durkheim, el de la *ineficiencia* con lo cual Taylor inaugura su era de la administración científica, el de la *reacción obsesiva* de un Elton Mayo, el del *potencial humano explotado* de un Mc Gregor y el de la *Cuestión Social* del "LABOREM EXERCENS" o en términos menos académicos el de la "hartera del trabajo", "la modorra", "flojera", "pereza", "locha" y el "stress".

Por RESPONSABILIDAD EN EL TRABAJO entenderemos el "hacerlo a ciencia y conciencia", "el hacer un esfuerzo intencionado por realizarlo bien", "el sentir satisfacción por la obra realizada", "el asumir el riesgo de cometer errores porque se está dispuesto a enmendarlos". De esta forma su negación: la irresponsabilidad, parece corresponder a una realidad distinta y hasta más amplia que la connotada por el concepto de

"alienación" de Marx. En este último concepto aparece el supuesto, cuando analizamos el trabajo humano, no solo de que los instrumentos de trabajo son aislables de quién los usa, sino además, de que existen trabajos cuya naturaleza es incompatible con la naturaleza del hombre, o con un ideal más humano que el hombre, supuesto que puede dar origen a interminables discusiones (tómese por ejemplos: la prostitución, o quienes sirven de verdugos para ejecutar la pena capital, el homicida, o la monotonía del trabajo repetitivo; el hecho es que la naturaleza humana da para ello pues aquellas acciones se realizan: tal vez no estemos de acuerdo con este tipo de oficios, sin embargo este "estar de acuerdo", depende de valores sociales: hasta hace poco el "guerrero" era muy bien visto, la esposa fiel y madre también...). Con el fin de evitar ésta ambigüedad, nosotros partiremos del supuesto, sugerido en "LABOREM EXERCENS", de que no se puede aislar, para la verdadera comprensión del trabajo humano, la realidad interior del hombre que lo realiza de la realidad exterior que lo acompaña: no se pueden separar los valores, actitudes, el ser y el sentir, la voluntad de la persona que realiza el trabajo (causa eficiente) de todo aquello que lo rodea: los instrumentos utilizados y su producto, las formas de realizarlo, y el ámbito social, económico y físico que rodean al agente (causas instrumentales).

En lo que sigue, nuestro propósito será el de explorar lo que tres perspectivas del pensamiento occidental aportan al entendimiento del trabajo humano. Estas tres perspectivas serán la cristiana, la marxista y la liberal pues creemos que su cuerpo de ideas han influido importantemente en la conformación del pensamiento social colombiano. Para nosotros el cristianismo es una religión histórica que ofrece una teoría filosófica, económica y social; a su vez, el marxismo constituye una teoría filosófica, económica y social cuya práctica, en algunas sociedades, ha demostrado poseer elementos religiosos y finalmente, vemos en el capitalismo una práctica económica y social cuyos orígenes se remontan a una teoría y práctica religiosa perpetuado hoy por un buen número de las ciencias contemporáneas enraizadas en el liberalismo racionalista del siglo XVIII.

En primer lugar recorreremos, aunque muy sucintamente, algunos momentos de la historia de la civilización occidental que creemos ilustran las ideas y las prácticas que algunos pueblos han personificado respecto al trabajo y aunque la división entre el trabajo manual y el intelectual parece haber caracterizado dicha historia, resaltaremos la novedosa contribución que hacia la integración de ambas modalidades ofrece el cristianismo desde sus orígenes.

Luego, procuraremos esbozar la visión que sobre el hombre creemos está implícita en cada perspectiva y a su vez la ética que anima el quehacer de quienes consciente o inconscientemente actúan bajo alguno de los idearios antes mencionados.

Finalmente haremos algunas consideraciones sobre el concepto de responsabilidad personal y social que ofrece cada perspectiva en el entendimiento de la realidad económica y social colombiana contemporánea.

1. TRABAJO MANUAL VS. TRABAJO INTELECTUAL

1.1. La esclavitud y el desprecio del Trabajo Manual

La institución de la esclavitud, en alguna medida, puede indicar la actitud que algunos pueblos tenían hacia el trabajo manual y los oficios humildes. No existen pruebas de que hubiese sido una relación que se extendiera a todos los pueblos de aquella época pero en cambio si sabemos que solo hasta tiempos recientes fue abolida. Sabemos además, que aunque, en su esencia, fuese una relación de producción, se podía llegar a establecer lazos afectivos entre esclavos y amos que superaban dicha relación esencial.

La causa más corriente para el establecimiento de esta práctica fue sin duda la guerra, los prisioneros eran convertidos en esclavos como una alternativa a la muerte aunque también el castigo por delitos —adulterio, asesinato, robo, pago de deudas— contribuyó, en menor medida, a su extensión (UNESCO; 1963: 171). Como más adelante veremos, en los griegos y los romanos, la actitud de desprecio hacia el trabajo manual permitió precisamente que los esclavos fuesen asignados a las tareas y oficios que los grupos dominantes de la sociedad consideraban como indignos.

En la organización estatal del trabajo del antiguo Egipto, el faraón, como señor absoluto de la tierra y sus habitantes, tenía sus ingresos normales y suntuarios asegurados gracias al tributo y al trabajo en especie de sus súbditos a cambio de la administración religiosa y seglar que ejercía con la responsabilidad de garantizar la ocupación y los medios de vida de éstos. En Esparta, el puñado de conquistadores estaba eximido del trabajo agrícola, industrial y comercial. En Asiria, la regulación del trabajo por parte de la teocracia fue bastante menos acentuada; ésta fijada una reglamentación básica sobre intereses, salarios, precios y relaciones laborales que afectaba a terratenientes y arrendatarios y que a la vez parece que contribuyó a la creación de fortunas por causas distintas a las de la simple propiedad territorial: comercio, préstamos, particiones, herencias, destrucción por guerras y cataclismos, contribuyeron a ello. La economía fenicia se basó en prácticas tales como el comercio por mar y caravana, la fundación de puestos comerciales, el establecimiento de distritos mineros y de colonias y la organización de artesanos industriales, prácticas todas que permitieron el establecimiento de desigualdades en la sociedad, (Ibid: 166-167).

De Grecia si tenemos varios testimonios que nos permiten afirmar que el trabajo manual no contaba con la estima de sus grupos dominantes. Si para el griego su ideal de bienestar era el de la vida sin trabajo (Hesiodo) y el de felicidad lo constituía el más alto conocimiento intelectual: la contemplación del "Uno", de la "Idea", de lo "Inmutable", lo lógico entonces era, el de que cualquier involucrarse con la materia mutante fuese considerado denigrante. Explicable es entonces que utilizasen el término "PONON", en latín "POENA", nuestra hoy "PENAL" en castellano para denominar al Trabajo. Se aceptaba de mala gana el trabajo agrícola como medio para evitar la miseria y porque permitía luego una vida independiente (Tilgher; 1930: 4-6). El crecimiento de población y la subsecuente división improductiva de tierras lanzó a muchos campesinos griegos al comercio terrestre y marítimo quedando la práctica comercial también catalogada como trabajo indigno. Y aunque en los orígenes del pueblo griego no se practicó la esclavitud, su trato con otros pueblos los llevó a que esta fuera usual; naturalmente que el progreso general de sus normas morales —legislación de Solón— prohibía que un ciudada-

no de la pequeña ciudad-estado fuera reducido a la esclavitud por deudas. (UNESCO: 172).

Con excepción de Virgilio quien intuyó en la necesidad del trabajo un acicate para el desarrollo integral del hombre (Tilgher: 8), los romanos eran de la misma escuela que los griegos en cuanto al trabajo manual se refería. Si en un principio una religión, economía y moral campesinos animaron al ciudadano-aldeano-soldado del naciente estado agrario a que desarrollara el modelo de organización social que luego le permitió la conquista de un imperio, no así los resultantes proletarios, esclavos y profesionales pudieron sostenerlo (Dawson, 1943:247). Su cambio de actitud hacia el trabajo manual habría contribuido, junto con otras causas, al derrumbamiento del imperio? Ya que si el campesino construyó a Roma, el hecho es que el senador no pudo sostenerla.

Tanto griegos como romanos tuvieron la habilidad de enlazar sus teorías del trabajo y de la riqueza en éticas que fueran consecuentes con sus quehaceres. Antístenes constituyó la excepción al proclamar la incompatibilidad entre riqueza y virtud. Los estoicos, en cambio, propendían por la adquisición de riquezas pues éstas le proveían al hombre independencia y autosuficiencia y en nada efectuaban la virtud o la felicidad; era el uso que se le diera a las riquezas lo que las tornaba buenas o malas. Aristóteles optó por el camino del medio: aceptó el lucro solo para satisfacción de necesidades indispensables pero rechazó el apilar fortunas por considerarlo irracional e impedimento para la vida virtuosa (Tilgher: 10).

Tanto hebreos como griegos se distinguieron de sus pueblos vecinos en los valores positivos que tenían hacia sus esposas e hijos; tuvieron en común además su sentir hacia el trabajo: era duro y fatigoso, sin embargo mientras el griego lo explicaba como una imposición caprichosa de los dioses, el hebreo le halló a propósito: como medio para expiar el pecado original. (Tilgher: 11).

1.2. El Dios que trabaja y se fatiga

Más importante aún, considero que en el pueblo hebreo es donde hallamos el semillero de ideas radicalmente distintas sobre el TRABAJO HUMANO. No se trataba solo de confrontar una idea religiosa monoteísta con el politeísmo rampante de su época: al fin y al cabo la "Idea", lo "Inmutable", el "Primer Motor", el "Absoluto" de la filosofía griega habría cumplido aquel propósito. Algo más profundo fue lo que sucedió. Se trató de que un Dios-Persona, era autor de la creación en cuya imagen y semejanza éramos creados los hombres. Además, al término de su obra creadora su *fatiga* lo obliga a descansar! "... Pues en seis días hizo Yaveh el cielo y la tierra y todo cuanto contiene, y el séptimo *descansó*; por eso bendijo Yaveh el día sébado y lo hizo sagrado..." (Ex 20: 10). Y en el Génesis encontramos que "... dió por concluída Dios en el séptimo día la *labor* que había hecho, y cesó en el día séptimo de toda la *labor* creadora que hiciera..." (Gen 2: 2-3).

Durante más de dieciocho siglos —desde Abraham hasta Cristo— se le ocultó a los hebreos el modelo de Dios a cuya imagen y semejanza habían sido hecho los hombres: una voz, una nube, unos relámpagos, una zarza ardiente no contribuían en nada a esclarecer el misterio. Sólo aquella fatiga a la que ineludiblemente se halla atado todo trabajo humano les recordaba y en especial los sábados, que algo de semejanza tenían con

su Creador. Esto no era cualquier cosmogonía: una en que el artífice de todo el universo debió reposar después de toda su labor creadora, era inaudito! .

Aunque más inaudito aún fue el modelo de Dios que se nos ofreció a los hombres hace veinte siglos. No deja de admirarnos la perseverancia de aquel pueblo que a pesar de la imagen tan incompleta que tenían de Dios, transmitió por generaciones sus creencias y a pesar de sus múltiples recaídas e infidelidades conservó su esperanza en el Mesías, su salvador.

Nótese: un carpintero, es decir, un obrero, un artesano, *trabajador manual* y un predicador de doctrinas que suscitaban las más profundas controversias, un crítico de su sociedad, es decir un *trabajador intelectual*. Y juntas modalidades del trabajo personificadas en un solo hombre que además tenía la osadía de proclamarse Hijo de Dios! El enigma de la imagen y semejanza quedaba resuelto, pero qué manera tan extraña de resolverse: de una parte se elevaban las hasta entonces aparentemente irreconciliables modalidades del trabajo humano —manual e intelectual— a la categoría divina y, de otra parte, se le ofrecía un extraño componente: la oración, cualitativamente distinta al ideal griego de contemplación intelectual o al rezo hipócrita de la entonces casta sacerdotal judía. Se cuestionó además, en sus raíces, las distintas modalidades ascéticas de las sectas judías: éstas, preocupadas por su apariencia externa mascerada habían degenerado más en masoquismos que en la transformación del corazón humano: verdadera fuente del mal en el hombre como lo afirmaba la nueva doctrina (Mat 15: 10-20). Y como si todo esto fuera poco se proclama un nuevo propósito del actuar humano: el amor a Dios y al prójimo y la misericordia ante sus debilidades que propone como medios la renuncia de sí mismo (Mat 10: 37-39) —o sea la aceptación de la fatiga y el dolor— junto con una nueva e insólita actitud hacia el afán de riqueza: abandonado en la Providencia o despreocupación hacia las necesidades básicas de comida, bebida y vestido (Mt 6: 25-34) y la incompatibilidad entre Dios y el dinero (Mt 6: 24). No era el camino del medio antes propuesto por Aristóteles y luego propugnado por las sectas protestantes que contribuyeron al origen del capitalismo industrial, sino el extremo del ya mencionado Antístenes.

Era lógico y natural que las esperanzas de un pueblo que perseveró durante siglos en sus creencias, acostumbrados a los Alejandro, Cesares, Augustos y Pompeyos se vieran frustrados al conocer que su tan ansiado salvador —lo menos que esperaban era un Bonaparte, Bolívar o Mao— era un hombre común: un carpintero que predicaba! Cuánto descontento y desconcierto!

Tan radical, insólito y desconcertante ha sido desde entonces aquel modelo que es fácil leer en la historia de occidente el que su motor haya sido el conflicto entre dos amores: el amor propio hasta el desprecio de Dios y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo (S. Agustín: 985) antes que el conflicto inspirado en el odio de una clase a otra. En el modelo de Cristo y de las primeras comunidades cristianas encontramos una de las fuentes de inspiración para los tan fecundos experimentos que en organización social y del trabajo se han desarrollado desde entonces a lo largo de la historia de occidente. Por creerlo tremendamente relevante al estudio de las teorías administrativas y

de organizaciones contemporáneas resaltaré uno de aquellos experimentos: el de las comunidades monásticas ^{1/}.

1.3. Los Monasterios: escuelas de excelencia en la armonía del trabajo manual e intelectual

La institución monástica cristiana tuvo su origen en los padres del desierto, o cristianos fervorosos que buscaban un ideal de perfección distinto al martirio (Larousse T. 7: 97); eran ermitaños o se reunían en pequeños grupos bajo la dirección de un padre espiritual y los alentaba su esperanza en el fin de los tiempos que ellos consideraban como inminente. San Basilio, en el siglo IV, estableció los fundamentos de la organización monástica oriental que se preserva en dicha iglesia casi intacta hasta nuestros días.

Por aquella época San Agustín, en occidente, con una intuición muy realista de la historia en el sentido de que el final de los tiempos no era predecible, aporta con sus reflexiones sobre el propósito del trabajo en comunidad importantes elementos para lo que luego sería, en el siglo VI, la iniciación, con la regla de San Benito, del movimiento monástico europeo. San Agustín consideraba el trabajo manual y en especial el agrícola como medio excelente para el dominio de las pasiones humanas y que a la vez contribuía a la provisión de las necesidades de la comunidad. Este, al igual que la oración y la práctica de la caridad eran prerrogativa de todos los miembros de la comunidad. El trabajo intelectual, en cambio, era para quienes demostraran dotes sobresalientes, pero más importantes aún, la contemplación amorosa —el más alto ideal de la praxis cristiana— revolucionó el modelo propuesto por la filosofía griega y que hoy todavía perdura en

1/ Me excusarán ustedes que a esta altura de la charla haga un pequeño paréntesis anecdótico sobre lo que me llevó, durante mi itinerario investigativo, a reflexionar en esta forma de vida —la monástica— como clave importante para el entendimiento de nuestras ideas contemporáneas sobre el trabajo. Cuando hace algunos años, preocupado por la ingerencia de agencias internacionales en los programas de desarrollo del país: concretamente los de planificación familiar, busqué los fundamentos de la ciencia que sustentaba dicha imposición ideológica y por lo tanto realicé estudios de ciencias sociales en los Estados Unidos. Descubrí allí que ni la sociología tradicional (funcionalista), ni la nueva radical (neo-marxista) me aportaban luz sobre la sociedad en que vivía ni esquemas coherentes de actuar profesional. Habían sucedido en ese país dos movimientos sociales importantísimos durante la década de los sesenta: la aprobación de los derechos civiles de la población negra y la rebelión de la juventud para no seguir luchando en Vietnam. No podía negar que las investigaciones hechas por los académicos de las ciencias sociales habían contribuido en algo a concientizar la opinión pública, sin embargo, cuál no sería mi sorpresa al descubrir que junto a líderes carismáticos como el Reverendo Martín Luther King existían muy importantes ideólogos como Thomas Merton. Digo sorpresa porque a Merton no se le conoció en las arengas estudiantiles como a Marcuse, ni marchó con la gente a la Casa Blanca; no podía hacerlo: era un oscuro monje trapense que solo podía contribuir con sus escritos a los problemas importantes de la sociedad y que se sucedían fuera de las paredes de su convento. Los trapenses, una de las reglas monacales más exigentes, suman al trabajo manual tradicional y a los tres votos clásicos de pobreza, castidad y obediencia un cuarto, el más radical, el del silencio! Luego Merton lo único que pudo hacer junto a su oración, prácticas litúrgicas y manos encallecidas por el azadón era el escribir. En sus obras podemos leer hoy algunas de las observaciones más penetrantes sobre el trabajo industrial y agrario de los norteamericanos como también el fundamento contemporáneo para la filosofía de la no-violencia que Gandhi y luego Luther King personificaron. Ernesto Cardenal, actualmente ministro de Educación de la Junta Sandinista, quien fuera discípulo de Merton hizo, algunos experimentos comunales-monacales en Nicaragua antes de asumir su actual posición política: bastante opuesta a la de su maestro.

La Percepción intelectual de Merton me llevó a vencer mis prejuicios sobre el monacado y a intuir que dicha forma de vida no sólo no era singular, anormal o loca sino que obedecía, en muchos casos, a un deseo sincero de vivir el mensaje evangélico en toda su plenitud, autenticidad y radicalidad: es decir es un experimento de trabajo y de vida comunitaria.

nuestras ciencias contemporáneas (aquel sumo ideal de la vida intelectual: el conocer la verdad, las causas de los hechos y el posible curso futuro de los fenómenos, llegando hasta el éxtasis intelectual, ideal al que se llega por voluntad propia y después del tesonero ejercicio intelectual de los hombres dotados para ello: los intelectuales, los filósofos, los científicos). La contemplación cristiana o unión amorosa con Dios en esta vida (conformación de la voluntad divina con la humana), en cambio, está abierta a todo hombre pero alcanzarla es prerrogativa divina y Dios se la concede a quien le plazca: al Abad del monasterio es posible que se le niegue lo que al portero se le concede —las paradojas del cristianismo y prueba de que sus jerarquías no coinciden con las del mundo visible.

Para algunos historiadores, la influencia del monacato occidental durante diez siglos —desde su iniciación con la regla de San Benito hasta la Reforma Protestante— explica claramente la conformación de la unidad espiritual europea a partir del caos dejado por un imperio que se desmoronó y la invasión de gentes que más que pueblos configuraban tribus. Los monasterios no sólo eran escuelas de trabajo y de oración sino importantes unidades económicas cuyo radio de influencia iba más allá de las granjas y poblados con quienes intercambiaban bienes. Su modelo económico de organización seguramente influyó luego en la gestación del modelo feudal de explotación económica en donde la idea original cristiana del trabajo como medio para fines espirituales fue mutándose a la contemporánea del trabajo como fin en sí mismo; en el modelo feudal encontramos una posible etapa intermedia: la del trabajo agrícola hecho por los siervos a cambio de la seguridad que el señor feudal —guerrero incansable— debía proveerles.

De todos es conocido que el trabajo dedicado y paciente de monjes copistas permitió la transmisión de los conocimientos grecoromanos que luego permitieron tanto la Reforma Protestante como el Renacimiento Italiano —esta fue la idea tan cara a los filósofos de la Ilustración y que sirvió a sus fines de nuevos guías intelectuales y espirituales tanto de la Revolución Francesa como de la Revolución Industrial. Como si durante diez siglos los hombres europeos no hubiesen aportado nada nuevo al pensamiento occidental!

Afortunadamente, durante la primera mitad de nuestro siglo investigaciones eruditas de profesores como Etienne Gilson y Christopher Dawson han demostrado lo ideológico de aquella afirmación y el tan importante aporte que para la filosofía, las ciencias, la organización económica, política y social significó la tan vituperada “Edad Media”. De ahí que podamos afirmar hoy ya no sólo con las pruebas que la arquitectura nos ha dejado sino con los nuevos textos incunables descubiertos, que la vida monástica constituyó una escuela de excelencia en la armonía del trabajo manual e intelectual. Esta permitió que de los escombros de un imperio y a pesar de la incomunicación cultural de las nuevas tribus invasoras, durante más de diez siglos de lenta reconstrucción se lograra la unidad espiritual de un continente. Durante aquel período nacieron las literaturas vernáculas, se inició la física experimental, en particular la óptica, se elaboraron nuevas teorías sobre el universo y se construyeron los más osados esquemas metafísicos. De esta vida nace, en los siglos XII y XIII, una importante institución que perdura hasta nuestros días: la universidad.

Gigantes intelectuales como San Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura no se dan por generación espontánea; y aunque ya se habían producido importantes reformas en las reglas monásticas y las nuevas órdenes mendicantes y de predicadores habían abonado, en parte, el trabajo agrícola no habían sin embargo abandonado

su actitud positiva hacia el trabajo manual: aquellos portentos intelectuales hacían también los oficios humildes de sus conventos: lavar platos, barrer y disponer de la basura. Más cerca de nosotros, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa de Jesús y un San Pedro Claver personificaron también el ideal de armonía entre el trabajo manual y el intelectual: y todos, mejor aún, alcanzaron el ideal de contemplación cristiana que si hemos de creer a la descripción de sus propias experiencias supera en misteriosa medida el ideal propuesto hacía 20 siglos por los griegos.

1.4. El Ideal ascético protestante y su contribución a la gestación del capitalismo

A estas alturas de nuestro ensayo haremos lo que en apariencia constituye una pequeña digresión sobre los términos *ascetismo* y *ascesis* ya que su correcto entendimiento es fundamental para seguir el hilo de la argumentación que luego estableceremos.

El diccionario LAROUSSE hace una muy buena distinción entre los dos términos, el primero representa la imagen popular que todos tenemos del *ascetismo*, es decir, "práctica regular de mortificaciones corporales". Los estoicos romanos renunciaban a los placeres sensuales y resistían el dolor para así templar la voluntad y lograr su perfeccionamiento moral mientras que para los cristianos consiste en la ofrenda de una renuncia o de un sufrimiento (querido o no) como testimonio de amor o gesto de expiación, en unión de los sufrimientos de Cristo, para alcanzar así una mejor práctica de la caridad. El segundo, la *ascesis*, puede estar vaciado de su ideal religioso o moral e incluir ya no solo la mortificación física sino mental! Detengámonos tan solo un momento en su definición "*Ejercicio* positivo y perseverante de la *voluntad* en toda *ascensión* hacia una finalidad, un ideal, del que el hombre busca hacerse digno, *transformándose* a fuerza de voluntad, *purificándose*, desarrollando en sí lo que le acerca a este ideal". Podemos por lo tanto ya no solo hablar de una ascesis mística y filosófica sino en nuestros días de una ascesis obrera, estudiantil, profesional, ejecutiva, política, científica, incluso de una guerrillera y naturalmente que pocos me contradirían si afirmo la existencia de una ascesis matrimonial^{2/}.

Volviendo a nuestros ascetas contemporáneos, me atrevo a afirmar que el horario de trabajo de nuestro actual señor Presidente, o de muchos ejecutivos de "éxito", de profesionales en "ascenso", la frugalidad del estudiante y las penalidades del guerrillero, las noches en vela de los padres, constituyen elementos de ascesis corporal y/o mental para ideales tal vez ya no religiosos —contemplación amorosa, certeza de gracia, salvación del alma, práctica de la Caridad—, sino *políticos*: ejercicio del poder y control de personas en la búsqueda de "justicia social", "transformación de la sociedad", "cambio de estructuras", "imposición de la verdad"; *económicos*: posesión y control de bienes y servicios:

2/ Un ejemplo que podría ilustrar las tensiones que se generan alrededor de los juicios de valor lo constituye el debate alrededor del aborto; piénsese simplemente en el presupuesto fundamental sobre el cual cada uno apoya su argumento: para unos, el momento de la concepción marca la iniciación de una vida *humana*, para otros, la iniciación de solo una vida, la que luego será calificada de "humana" de acuerdo a la escuela de pensamiento a la que se esté suscrito: tres meses, seis meses, o incluso después del nacimiento. Por pequeño que sea el blastocito, para unos aquello es una *persona*, para otros el feto de "x" meses constituye simplemente un grupo de células, de las cuales se puede disponer como de cualquier otro miembro del cuerpo que no constituye un elemento esencial para la supervivencia.

en la búsqueda de una seguridad futura por medio de la creación de un patrimonio personal o de la confianza en el Estado; y *sociales*: prestigio profesional en la búsqueda del reconocimiento o estima por parte de los demás, y, en fin, la lista de valores contemporáneos que nos animan a los hombres en nuestro actuar.

Podemos ahora si volver a nuestro argumento. Afirmábamos que en aquellas escuelas de excelencia, los monasterios, muchos habían logrado la integración armoniosa del trabajo manual con el intelectual y más aún el ideal cristiano de contemplación. Qué pasó, entonces, para que se sucediera el cambio cultural y material que nos ha llevado en nuestros días a la idea del trabajo como fin en sí mismo y a la división del trabajo que unos señalan como fuente de males irreparables y otros ven como medio de supervivencia de la especie?

Marx respondió en forma clara y coherente a la pregunta, naturalmente que basado en ciertos presupuestos sobre el hombre y en los cuales apoyó su fe histórica —más adelante estudiaremos dichos presupuestos. Por ahora bástenos resumir su argumento de que la división del trabajo tiene sus orígenes en la familia, las formas de apropiación de los medios de producción y los distintos modos de intercambio correspondientes a épocas concretas de la historia. Por ahora no profundizaremos en la respuesta dada por esta perspectiva no por considerarla sin importancia sino porque pertenece a lo que denominábamos al principio del ensayo análisis de las condiciones objetivas del trabajo área del conocimiento que consideramos mejor documentada que el de las condiciones subjetivas o ideas y actitudes que los hombres han tenido hacia el trabajo, razón de ser de este ensayo. En nuestros medios académicos e intelectuales es bien conocido el Materialismo Dialéctico y se admira la lucidez con que Marx y Engels dan respuesta a la pregunta que antes formuláramos sobre la transición del feudalismo al capitalismo industrial burgués y es así como nuestra sociedad constituye hoy como un laboratorio viviente para la demostración del posible acierto que dicha perspectiva del pensamiento tenga en la comprensión de nuestros fenómenos sociales.

Menos conocida en nuestro medio es la respuesta dada por Max Weber, importante sociólogo alemán de principios de este siglo, quien se considerara un revisionista del materialismo histórico y que por lo tanto influyera en forma muy importante en la conformación del actual pensamiento científico social norteamericano. Weber, sin negar la importancia de las condiciones materiales —fuerzas productivas, modos de intercambio, etc....— no estuvo de acuerdo con que se afirmara que, en última instancia, estas hubieran determinado la evolución histórica: "la forma como el hombre *produce* determina lo que él *es*" decía Marx, "lo que piense el hombre y en particular su ética pueden determinar la forma como el produce" corrigió Weber. Miremos como respondió a nuestra pregunta.

Habíamos insinuado que hasta finales de la Edad Media, en los monasterios al trabajo se le consideraba como medio para sublimar las pasiones, es decir una ascesis mística. En ese sentido, San Buenaventura en el siglo XIII hizo un importante aporte al concepto tradicional que hasta ese entonces se tenía del ascetismo cristiano como mortificación corporal: como heredero de la tradición franciscana y retado por los dominicos a que ventilaran en la palestra universitaria los conflictos filosóficos y teológicos del momento debió ampliar el concepto de ascetismo al de ascesis, es decir ya no solo el trabajo manual tendría mérito ascético sino el trabajo intelectual también lo tendría. Este era un paso definitivo en la conformación de las ascesis intelectuales contemporáneas; aunque para

San Buenaventura constituía medio para fines más altos, hoy, cuando no constituye fin en sí mismo, lo es medio para los fines políticos, económicos y sociales antes mencionados. Luego el terreno ya estaba abonado para que Lutero, en el siglo XVI, en su rebelión a la jerarquía de la Iglesia y en su abonado de la regla monástica y libre traducción e interpretación de la Biblia contribuyera, sin proponérselo, a conformar el tipo ideal de hombres que gestaron la práctica económica y social que Weber denomina capitalismo industrial burgués u organización racional-capitalista del trabajo formalmente libre. O sea la suma de actos económicos de los hombres, basados en un cálculo racional de expectativas de una ganancia debida al juego de recíprocas probabilidades de cambio (probabilidades, formalmente pacíficas de lucro y basado en el cálculo de lo aportado y de lo recibido). (Weber; 1969: 9-12).

Weber sostiene que la nueva interpretación que Lutero le dio a la palabra vocación, restándole su anterior significado de llamada de Dios para servirlo como únicos caminos de excelencia en el monasterio y/o el sacerdocio y dándole valor a cualquier quehacer humano o profesión como medio de vocación religiosa, constituyó un hito en lo que el trabajo ha significado para occidente y con cuyas consecuencias nunca soñó Lutero. La teología medieval no le concedía valor religioso al trabajo comercial y artesanal hecho fuera del monasterio o por alguien que no fuera sacerdote o religioso de una orden. Lutero rompió con aquella tradición, dignificó las profesiones y oficios y les dio significado de vocación religiosa. Cualquier oficio realizado con dedicación y espíritu de obediencia a Dios podía ser medio de piedad. El monasterio ya no era camino de excelencia, cualquier actividad en el mundo podía llegar a serlo. Otro peldaño hacia la idea del trabajo como fin en sí mismo.

Sin embargo es Calvino con su doctrina de la predestinación quien contribuye al modo del trabajo incesante. Dios —decía Calvino— caprichosamente ha predestinado a unos hombres como elegidos suyos a la salvación eterna y otros a la condenación eterna. No hay forma de saber con total certeza en esta vida a cuál grupo se pertenece aunque seguramente una vida austera, disciplinada, de trabajo incesante puede en algo mitigar la angustia existencial de aquella duda tan terrible. Y, si además, dicho trabajo rendía frutos en bienes materiales pues entonces era muy probable que se estuviera cerca de una señal de elección. El ocio o su simple deseo, en cambio, sumían al hombre en la desesperanza de no ser un elegido. La paz y el sosiego a que aspiraba la contemplación cristiana y que había rendido inestimables frutos materiales e intelectuales en la filosofía, la ciencia y la literatura eran para Calvino, señal segura de condenación eterna! Estos valores religiosos que animaban a los miembros de las nuevas sectas explican, para Weber, la conformación del tipo de hombre necesario para el modo capitalista de producción. El espíritu del capitalismo estaba representado para Weber en las máximas de un Benjamín Franklin para quien el tiempo era oro, al igual que el pago oportuno de las obligaciones comerciales, la austeridad y el ahorro. Aquellos ascetas del comercio u otros oficios no dilapidaban ni el tiempo ni el dinero; antes bien, la frugalidad de sus costumbres les permitió la acumulación necesaria para reinvertir en nuevas empresas.

La ascesis comercial, industrial y obrera quedaba así establecida gracias a la nueva ética. No importa que hoy para nada tenga que ver el ideal religioso, la ascesis quedó incorporada, la máquina echó a andar y la racionalidad científica y técnica suplen hoy lo que en otra época lo hiciera una teología muy particular.

Finalmente, arguye Weber, que se da en la evolución del capitalismo la paradoja de la riqueza; aquella por la cual pasó Roma y causó su decadencia, aquella responsable de los momentos más negros en la historia de la Iglesia y aquella que vive toda historia familiar: el trabajo metódico y perseverante que sumado a la austeridad en las costumbres permite la acumulación de riquezas que luego parece ser siempre la causa del relajamiento de las costumbres y la dilapidación de las riquezas que con tanto esfuerzo se habían adquirido; en este sentido el "perfil" del capitalista, del profesional y del obrero contemporáneos es bastante diferente al de sus predecesores de hace 3 siglos.

Todavía nos queda un vacío importante por llenar: el puente entre el ideal religioso de la ascesis protestante y los ideales contemporáneos que animan nuestro trabajo sostenidos hoy por nuestra racionalidad científica y tecnológica. Cuáles son esos ideales y en que consiste dicha racionalidad es lo que ahora entramos a discutir para así entender mejor el origen de nuestra idea contemporánea del trabajo como fin en sí mismo y aproximarnos a una comprensión de la división contemporánea del trabajo manual e intelectual.

1.5. Orígenes de nuestra actual racionalidad científica y tecnológica

Si la Reforma aportó la ética (la protestante) que luego justificará la práctica económica de acumulación de riqueza y su inmediata reinversión, el Renacimiento Italiano aportó una nueva visión del hombre y de la naturaleza que influyó profundamente en el posterior modo de trabajo del hombre.

El conocimiento que de sí mismo adquirió el hombre durante la Edad Media por medio de su reflexión en Dios basado en la premisa revelada de que éramos creados a su imagen y semejanza, lo llenó de optimismo. En el siglo XVI un importante grupo de hombres abandonó entonces en Italia el ideal de contemplación cristiana y retornó al ideal griego de contemplación buscando en esta época la divinidad del hombre en la transformación material de la naturaleza. La idea del hombre creador, es decir, activo y hacedor permea el ambiente intelectual y artesanal de la época. Un Da Vinci, el primer ingeniero, celebra el esfuerzo intelectual y manual como únicos medios para extraerle a la naturaleza sus secretos en bien del desarrollo del hombre; afirma que la vida es una constante pregunta y que aunque nunca tendremos la respuesta final no podemos dejar de inquirir y transformar la naturaleza en la búsqueda de una perfección que no alcanzaremos. Las matemáticas, el nuevo lenguaje de la ciencia, permiten la descripción y análisis de los fenómenos físicos y de la naturaleza con una rigurosidad no antes alcanzada. Los inventos, los mecanismos, las máquinas dejan los campos de batalla y pasan a ayudar al hombre en sus diarios quehaceres de transformar la naturaleza, quehacer que el hombre ha tomado ahora con brío febril (Tilgher. 1930: 72-78). La armonía entre trabajo manual e intelectual todavía persiste.

Paulatinamente la Iglesia va perdiendo su preponderancia que como guía intelectual y política tuviera en la Edad Media. La influencia política y económica que entonces llegara a tener, la distrajo muy posiblemente de su verdadera misión: la espiritual. El vacío fue hábilmente llenado por los filósofos de la Ilustración Francesa, los del Utilitarismo Inglés y los del Idealismo Alemán, quienes tomaron como su misión servir de guías intelectuales y espirituales de la nueva sociedad que estaba en ciernes. Ya no era la sociedad rural y hasta feudal del pasado, los burgos se convertían en ciudades, los prin-

cipados en naciones, la urbanización se iniciaba —nunca a la velocidad y de la magnitud de nuestras actuales naciones latinoamericanas— era por lo tanto necesario darle al hombre europeo nuevas respuestas sobre el propósito de la vida en sociedad, sobre el propósito de su quehacer, sobre su actitud ante los nuevos territorios conquistadores: América, África y Oceanía.

La respuesta dada entonces (s. XVIII) involucró nuevas teorías del trabajo y la riqueza dentro del debate más amplio de la época cual era el de si la historia había sido progreso o no. La importancia del debate radicaba en que si los intelectuales de la época habían de proveerle a los hombres los ideales de su actuar, una nueva interpretación histórica y una nueva visión del hombre eran indispensables. Tanto la Reforma y el Renacimiento habían causado profundos cambios intelectuales y espirituales en los hombres, la visión cristiana del hombre y de la historia ya no servían sus propósitos de febril transformación de la naturaleza ni de dominio sobre sus colonias. La idea seminal la proveyó un monje desconocido: el Abad de St. Pierre quien afirmara su fe en el "aumento perpetuo e ilimitado de la razón humana universal que se lograría prontamente gracias a las posibilidades ilimitadas de la acción gubernamental" (Dawson. 1943:). Y desde entonces "Razón y "Progreso" iban así a ocupar el sitio de la divinidad en las nuevas religiones civiles que los sistemas filosóficos de la Ilustración, el Utilitarismo y el Idealismo iban a desatar: es que desde entonces estos ideales han demostrado ser capaces de despertar emociones humanas y un genuino entusiasmo religioso —la Revolución Francesa, la Revolución Industrial y más cerca de nosotros la Revolución Informática, todas están animadas por este ideal. Porque a pesar de las diferencias profundas entre los sistemas mencionados existía el común denominador de que el trabajo humano ocupaba una posición preponderante dentro de sus reflexiones. No importaba a que bando se perteneciera así la historia hubiera sido progreso (racionalismo, idealismo) o no lo hubiera sido (idealismo revolucionario de Rousseau) el hecho es que el futuro era promisorio: el trabajo humano, en todas sus formas, garantizaba el superar cualquier obstáculo que hasta entonces se había presentado al hombre. Una febril e incesante actividad del hombre garantizaba el progreso permanente de la humanidad —bastaba mirar alrededor y observar los prodigiosos adelantos que el hombre había logrado gracias a la perseverante aplicación de su mente y sus manos en la tarea de transformar la naturaleza.

Si la idea del abate St. Pierre fue seminal para la creación de esquemas en donde el acicate del actuar humano y de sus relaciones en sociedad lo constituía el progreso, la idea de Kant de concebir el espíritu como actividad sintética, como productividad, como creatividad cuasidivina fue fundamental para la concepción del trabajo como fin en sí mismo. Cada vez más el espíritu se asimiló a la idea de algo que produce, que hace, que fabrica algo así como una industria que produce bienes (Tilgher: 90-92). Se conoce a la naturaleza cuando se le transforma, cuando se hace algo con ella o sea que el conocer es hacer tecnología. Cuan lejos nos encontramos ya del ideal cristiano de conocimiento que se estableciera en la Edad Media: el hombre puede contemplar el mundo externo e interior y discernir su naturaleza; pero este conocimiento le será de poco valer sino discierne en lo externo el vestigio de Dios y en su interior la imagen de Dios (San Buenaventura en Coppleston; 1962: 315).

Mientras que algunos filósofos establecían relaciones entre lo que ellos consideraban lo más sublime del hombre: su espíritu, con su mente y su actividad productiva —trabajo manual e intelectual—, otros generaban nuevas interpretaciones sobre la naturaleza hu-

mana como Renthán hiciera en su visión del hombre como buscador de placeres y eliminador de dolores. Todo engranaba bien con las nuevas teorías que celebraban la propiedad privada, la acumulación de riqueza, el boato y el lujo como el acicate del quehacer humano y asimilaban la grandeza de una nación con la cantidad de trabajo que pudiesen generar (Locke-según Tilgher: 87).

El siglo XIX constituye para Tilgher —importante historiador en la evolución de ideas sobre el trabajo— el “siglo de oro” en este sentido. Nace una nueva ciencia, la economía política, que en manos de los filósofos de su época le da la última estocada a cualquier armonía que hubiese quedado entre el trabajo manual y el intelectual: el trabajo manual se equiparaba a cualquier otro bien como el dinero y la tierra, era una mercancía como cualquier otra! Al trabajo intelectual, siguiendo la tradición griega, lo engrandecieron por encima del trabajo manual solo que en la categoría —trabajo intelectual— incluyeron el cálculo racional de probabilidades en que se esmeraba todo dueño de capital. Al trabajo intelectual pertenecía la ciencia la que ya había dejado cualquier relación con la metafísica y ni que hablar de la contemplación de la verdad o de lo inmutable, su único propósito era el que le impusiera el Renacimiento: extraerle los secretos a la naturaleza para así transformarla y producir bienes para el hombre. Se iniciaba la simbiosis entre ciencia y tecnología para la producción masiva de bienes y que ha perdurado hasta nuestros días: su producto se veía crecer día a día en aquellas nuevas formas de organización del trabajo —las fábricas— y en la mecanización de la agricultura.

Mientras que el liberalismo económico reconoce el mérito del trabajo intelectual del empresario (aunque Franklin, años antes, al hablar de que el tiempo del comerciante era oro, también cosificaba su trabajo intelectual) Marx no le reconoce ningún mérito, antes bien lo denigra por prestarse a la explotación del obrero y lo culpa, como instrumento del dinero, de haber cosificado el trabajo de este último (el dinero es, en última instancia, para Marx el causante del estado tan lamentable en que se hallaba el obrero —categoría que incluía a mujeres y niños— en la segunda mitad del siglo XIX). En su aspiración humanitaria por devolverle el prestigio al trabajo manual, por redimir al obrero, Marx no logra armonizar las modalidades del trabajo a no ser en futuros estadios de la sociedad (socialismo, comunismo) pero construye en cambio la más penetrante teoría económica y social basada en el trabajo que nos haya legado el siglo XIX. Como más adelante veremos; tan completa y coherente es dicha teoría del actuar humano que desarrolla una ética en cuya práctica ferviente se hallan empeñados buen número de nuestros congéneres.

Luego tanto el liberalismo racionalista de los siglos XVIII y XIX como el idealismo revolucionario de Rousseau, Fourier, Godwin, Marx y Engels siguen inspirando osadísimos experimentos en la organización económica y social de los pueblos. A pesar de sus aparentemente irreconciliables filosofías, estas tienen *de común* algo radicalmente nuevo en la historia de lo que el hombre ha pensado sobre el trabajo: que este constituye un fin en sí mismo es decir, que el hombre *es* trabajo. Las otras dimensiones y cualidades que hasta la Edad Media se creían distinguían el actuar del hombre del resto de criaturas del Universo: el amor, la contemplación amorosa, el perdón, la hermandad, el sacrificio y el servicio voluntario, la misericordia, la amistad y la piedad perdían su prestigio. Su lugar lo tomaba el trabajo incesante. En el siglo XIX se dio la largada de la “Gran Carrera del Logro” (New Oxford Review, 1983: 16), logro económico, de poder, de prestigio y de satisfacción personal. Sean cuales sean los ideales a alcanzar hay desde el cambio de es-

estructuras en busca de una mejor sociedad, hasta la "seguridad" que piensa que un capital podría proveer pagando por el prestigio aspirando por un sagaz actual empresarial, profesional, intelectual, hasta la figura corporal atlética que conquista "amores" o premios, todos estos logros que nos impone el sistema de valores contemporáneos tienen como medio único de realización el trabajo incesante, la actividad permanente. Estamos como dopados de actividad, luego razón tenía Marx cuando afirmaba que el hombre es lo que produce, su acierto no radica en el profundo conocimiento que hubiera podido tener de la naturaleza humana pues creo que no lo tuvo, sino que en un buen número de nosotros; por nuestra libre elección, hemos reducido nuestra vida a solo producir cosas, ideas, cuerpos esbeltos, y hasta actos sexuales.

Es por esto que veo hoy, sin demeritar el acierto que una teoría sobre la división de la sociedad en clases económicas y sociales pueda tener, en el fondo de las tensiones entre los hombres en nuestras sociedades latinoamericanas el conflicto de valores entre quienes consideran el *trabajo como medio* y quienes lo consideran *como fin*. Es que a siete o más siglos de la historia precolombina en donde existió la armonía entre el trabajo intelectual y el trabajo manual y en que el trabajo se le consideraba como medio a juzgar por el testimonio viviente de las pocas tribus que hoy nos acompañan, se le suman, en los siguientes cinco siglos, valores que si bien rompieron la armonía entre las dos modalidades del trabajo, no lograron inculcar la actitud del trabajo como fin. Quienes en nuestra clase dominante personifican este último concepto se lo deben a la lenta culturización que desde el siglo pasado voluntariamente han aceptado.

Procuremos ahora bosquejar las tres visiones del hombre que creo se le ofrecen hoy al hombre latinoamericano y que inevitablemente influirán en la conformación de sus actitudes hacia el actuar humano y en particular hacia el trabajo.

2. VISIONES DEL HOMBRE Y DE LA ETICA IMPERANTE

Pretendemos, en lo que sigue, procurar demostrar que, en última instancia, tanto la perspectiva cristiana del Trabajo Humano como las perspectivas marxista y liberal racionalista recaen sobre presupuestos, que aunque muy respetables, constituyen juicios de valor sobre: a) la naturaleza humana y b) sobre los medios (ética práctica) con los cuales se pretenden alcanzar las metas de una ética (formal). El término juicio de valor, no lo utilizaremos en sentido peyorativo, sino en el sentido de que este describe una verdad para aquel que la siente, la vive, la racionaliza y ordena sus actos de acuerdo con ella, pero que le es prácticamente imposible demostrársela "científicamente" al otro. Los juicios de valor se apoyan sobre actos de "fe" en algo o en alguien (fe en el sentido de creencia en algo sin necesidad de que esté probado); pretender que la fe solo se aplica a las verdades reveladas ha hecho tremendo daño para la armonía de las relaciones entre religión tradicional y ciencia ya que el científico en uno u otro momento de su itinerario intelectual hace también uso de ella: ¿qué es una conjetura? ¿una hipótesis? ¿o una teoría? no es acaso precisamente aquello en que se cree, se intuye, aunque en un principio no nos sea fácil comunicárselo al otro, pero en que se está dispuesto a esperar pacientemente su demostración futura, su confrontación con la realidad externa? La fe constituye una cualidad esen-

cial del pensamiento y del actuar humano, ningún hombre vive sin ella, los conflictos se suscitan por las diferentes cosas, ideas o personas en que cada cual deposita su fe^{3/}.

2.1. Concepto del hombre y del trabajo humano implícito en cada perspectiva: visión marxista

Si en la Edad Media el hombre adquirió un profundo conocimiento de sí mismo por su reflexión en Dios basado en la premisa de que somos criaturas hechas a su imagen y semejanza, no hay duda de que la visión del hombre que le ofreció el Renacimiento (y que descubre el potencial creador del hombre partiendo de la reflexión en sí mismo y no ya de Dios) lo llenó de optimismo hacedor. Este optimismo lo acompañó hasta bien entrado el siglo XIX. Pero comenzó a languidecer en nuestro siglo cuando la reflexión no ya centrada en el hombre mismo sino en su contorno le ha demostrado las consecuencias ambientales y de explotación del hombre junto a la vulnerabilidad nuclear de toda la especie, gracias a su desenfrenada carrera productiva.

Y así como arriba ilustramos el importante cambio que desde el Renacimiento se dió hasta nuestros días en lo que el trabajo ha significado para los hombres en Occidente, en forma paralela, creo que se ha dado en ese mismo lapso de tiempo un cambio radical en el concepto del hombre. De la visión cristiana en que en el corazón del hombre radica el bien y el mal, hemos lentamente pasado a la visión de que es en el *entorno* donde radica el bien y el mal: naturalmente que este cambio de visión ha traído consigo un cambio más dramático aún —el del concepto de libertad y la responsabilidad que le cabe al hombre en la consecuencia de sus actos.

Es innegable que tanto para el marxismo como para el cristianismo su idea sobre el origen del hombre desempeña un papel fundamental dentro del desenvolvimiento lógico de cada visión. El evolucionismo de Darwin y Materialismo Histórico de Marx y Engels se complementan armoniosamente, las reflexiones de este último aportan ideas importantes al entendimiento del modo como el mono se transforma en hombre. No en vano afirma Engels en su ensayo sobre "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre" (1876) que el trabajo es muchísimo mas que una simple fuente de riqueza: "(...) es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre", y mas adelante, en el mismo texto:

"lo único que pueden hacer los animales es utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina. Y ésta, es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales, diferencia, que, una vez más, viene a ser efecto del trabajo" (1876, 1981: 23).

3/ Esta última no la menciono con ánimo irónico sino porque soy un convencido de que el ideal del matrimonio católico sólo es factible dentro del significado de lo que es una vocación religiosa, bueno pero esto es salirnos del tema y espero sea motivo de un ensayo futuro.

Se teoriza entonces que el "homo faber" es idéntico al "homo sapiens". Han sido grandes los esfuerzos de la ciencia por desenmarañar el secreto de la vida y de la hominización y hoy todavía nos hallamos ante el umbral de lo que presentimos ser algo estupendo pero de lo que con certeza solo hemos avanzado poquísimos peldaños en la auténtica comprensión de este misterioso ser que es el hombre.

Cuando recorremos el materialismo dialéctico de Marx y Engels y su interpretación de la historia como estadios en los diferentes modos de producción leemos el presupuesto fundamental de que es en el entorno económico, en última instancia, donde podemos hallar la explicación de lo que ha sido, es y será el hombre. No deja de ser penetrante el análisis de nuestra realidad a la luz de esta visión: sea cual fuere el estadio del capitalismo en que nos hallemos los colombianos, lo importante es que a él hemos llegado por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. En nuestra relación directa con nuestro entorno, en particular con el económico, ha sido este último el que ha triunfado.

La propiedad privada de los medios de producción ha contribuido a que en el curso de la historia hubiésemos llegado a las peores formas de explotación del hombre por el hombre: la actual del capitalismo industrial en donde el empresario, víctima del oscuro poder del dinero, ha creado formas de organización del trabajo ajenas a la realidad auténtica del hombre. El panorama sombrío de "El Capital" fue antes mitigado por el llamado esperanzador del "Manifiesto Comunista" y la "Ideología Alemana". Se construye así una de las éticas contemporáneas más persuasivas.

Dos apartes de textos de Marx me parecen fundamentales para la comprensión de esta ética: el del ideal del hombre comunista y el del trabajo y su producto como expresión de mi amor al prójimo.

El primero, el ideal del hombre comunista no constituyó un aporte original de Marx, ya en el Renacimiento Tommaso Campanella en su "Ciudad del Sol" había establecido el mismo ideal de que es

"en la sociedad comunista, donde cada individuo no tiene acotado un círculo exclusivo de actividades, sino que puede desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca, la sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que puedo por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico..." (Marx; 1974: 34).

En mi parecer el presupuesto fundamental para la aceptación de este ideal es el de que el hombre llegará a realizar algún día su trabajo sin dolor y fatiga. El que hoy sea para él "alienante" se debe a su entorno económico y social (propiedad privada de los medios de producción y odio entre clases) cuando este entorno sea transformado en el ideal comunista (eliminación de la propiedad privada y de las clases) entonces el hombre no sólo recuperará su libertad perdida sino que todo su actuar será de su gusto y satisfacción. Esto naturalmente exige un acto de fe tan radical como el que hay que hacer para creer en el Reino de los Cielos del que habla Cristo, a razón de que se quiera aceptar que los

monasterios de los que arriba habláramos se acercaron bastante al ideal comunitario de bienes.

El segundo, el del trabajo y su producto como expresión de mi amor al prójimo si me parece tremendamente original:

"Supongamos ahora que produjéramos como seres humanos: en ese caso, cada uno de nosotros se afirmaría notablemente en su producción, a sí mismo y al otro. En mi producción, yo realizaría mi individualidad, su particularidad, y así experimentaré trabajando el goce de una manifestación individual de mi vida, mientras en la contemplación del objeto tendría la alegría individual de reconocer mi personalidad como un poder real, concretamente captable e indudable. Por otra parte, cuando tú gozaras de mi producto o lo utilizaras, yo tendría el goce espiritual inmediato de haber satisfecho, con mi trabajo, una necesidad humana, de haber objetivado la naturaleza humana y procurado en consecuencia, a la necesidad de otro ser humano, el objeto de su necesidad. También tendría conciencia de haber sido para tí el mediador entre tú y la especie humana, de ser reconocido y sentido por tí mismo como un complemento de tu propia naturaleza y como parte necesaria de tu ser; por lo tanto, de haberme afirmado en tu pensamiento y en tu amor..." (Rubel; 1970: 195).

O sea que el amor al prójimo, aquella misteriosísima cualidad divina y humana y que la tradición cristiana considera alcanzable por negación de sí mismo y la asistencia de la gracia divina se reduce a la práctica del intercambio de bienes hecha en la sociedad ideal: la comunista!!

Es por esto que considero que la perspectiva marxista constituye la *visión societal* del hombre en cuya esencia está el mensaje de que el hombre perfecto no se puede dar antes de que se dé la sociedad perfecta. Imagínense ustedes, por lo tanto, las consecuencias que esta visión puede tener sobre el concepto de responsabilidad; al final del ensayo lo esbozaremos.

2.2. Visión Organizacional: la escuela norteamericana

Para la perspectiva marxista ha sido fundamental su interpretación de la historia y no se le ha dado suficiente atención a su interpretación sobre la naturaleza del hombre, el liberalismo racionalista, en cambio, hace lo contrario: sus interpretaciones sobre dicha naturaleza son las que sostienen sus construcciones teóricas en las ciencias sociales y que han animado el modelo de organización del trabajo tan característico primero de Inglaterra y luego de Norteamérica.

Creo que quien desata esta corriente de interpretaciones es el inglés Bentham en el siglo XVIII con su visión del hombre como sistema de atracciones y repulsiones en respuesta a placeres y dolores y con la capacidad de calcular matemáticamente la suma de placeres y la resta de dolores. O sea que al hombre lo gobiernan las modificaciones de sus intereses personales, sus pasiones egoístas, sus simpatías. El placer es la felicidad es el bien, mientras que el dolor es la infelicidad es el mal. En su lucha interior, entonces, el hombre debe apoyarse no solo en lo que le cause mayor placer a él sino también al ma-

yor número de sus conciudadanos, de esta forma el interés de la comunidad es igual a la suma de los intereses individuales. El principio de utilidad aquel de "la máxima felicidad para el mayor número" se convierte en una máxima ética. Dos cosas salvan a la sociedad de que dicho principio la lleve a la sola suma de egoísmos: la naturaleza social del hombre y el Estado que, con su legislación, procura la armonización de los intereses individuales. O sea que es en la sociedad, en la opinión de la mayoría, en lo que diga el gobierno a donde hemos de ir a buscar los valores que rijan nuestro comportamiento. Así se explica uno muchos de los fenómenos sociales contemporáneos y el cómo se echó a andar una revolución como la industrial de la Inglaterra de tiempos de Bentham.

Cuánta distancia mediaba ya no en tiempo sino en concepto de moralidad que, por ejemplo, un Santo Tomás preconizara en la Edad Media de que "la ley natural (expresión de la ley eterna) está incorporada en las inclinaciones naturales del hombre. Por el solo ejercicio de la razón podría cumplir su fin: la ley eterna. *Solo que* sus pasiones le obnubilan la razón. De ahí que Dios haya tomado la iniciativa por revelarle al hombre el camino para llegar a su meta. Dios es el único conocedor de la total y verdadera naturaleza del hombre y además, conocedor de los actos que este debe realizar para cumplir su meta" (Copleston: 120). Si el mal y el bien residían en el corazón del hombre, su razón, asistida por la gracia divina podía ayudarlo a vencer aquel mal interior. Pero con Bentham ya no necesitamos de Dios, nuestro gusto o disgusto por las personas o cosas junto con lo que diga la gente serán nuestro criterio de comportamiento.

No es mucha la distancia conceptual que media entre este utilitarismo y el pragmatismo de James o Dewey, filósofos del actuar norteamericano, sólo diré que éstos influyeron en forma importante en las mas recientes interpretaciones que sobre naturaleza humana conocemos todos en los libros de textos en administración, psicología e ingeniería industrial. En gracia a la discusión recordaremos tan solo uno de sus modelos.

Esperamos no estar muy lejos de la verdad al afirmar que la ética formal de esta perspectiva está dada por la idea de satisfacción de las necesidades del hombre como movیل fundamental del actuar humano. En nuestra opinión, Maslow y McGregor caracterizan muy bien la versión contemporánea de esta perspectiva en su conocido esquema sobre las necesidades del hombre. Resumiremos lo que el segundo de ellos aportó a la teoría:

Necesidades Fisiológicas y de Seguridad:

alimento, descanso, ejercicio, protección, seguridad y estabilidad en el trabajo.

Necesidades Sociales:

asociación, pertenencia a grupos, amistad...

Necesidades Personales:

- de propia estima: confianza en sí mismo, independencia, logro, conocimiento.
- de reputación: status, reconocimiento, aprecio, respeto.
- de realización personal: ser creativo y desarrollarse plenamente como persona.

Dicho autor es enfático en afirmar que "una necesidad satisfecha no motiva la acción" (McGregor, 1957) o lo que es lo mismo: son las necesidades no-satisfechas las que mueven al hombre a actuar. Aclara también, que la administración no puede proveerle al hombre su propia estima o la de sus compañeros ni incluso la satisfacción de sus necesidades personales, sin embargo, si puede propiciar las condiciones que lo animen a satisfacer dichas necesidades por sí mismo, o lo que es grave, puede impedir dicho desarrollo.

También pueden considerarse como haciendo parte de esta ética formal las metas de: crecimiento económico, bienestar social y calidad de vida.

La ética práctica o medios para alcanzar dichos fines podríamos considerarla como todos aquellos cambios del *entorno organizacional*, tales como, administración por objetivos, propia iniciativa v.s. supervisión y excesivo control, círculos de estudio o de decisión para el trabajo, co-gestión, participación en utilidades, todo en función de permitir la satisfacción de necesidades.

Este modelo del hombre o interpretación de naturaleza humana no deja de ser persuasivo y "razonable" pero si meditamos en él tan sólo un momento, observaremos cómo se ajusta a la idea que estableciera el utilitarismo y luego engrandeciera el liberalismo de que es en la sociedad, en la organización, en la opinión pública, en lo que la mayoría opine que es felicidad dónde hallaremos los criterios para nuestra felicidad individual; ya que es el *entorno organizacional* quien en última instancia determina, caracteriza y le da contenido verdadero a las necesidades individuales de que hablan Maslow y McGregor. Aquí también encontraremos cómo esta visión del hombre da pie para una idea muy especial de responsabilidad, al final espero aclararla contrastándola con el marxista y la cristiana.

2.3. Visión Cristiana: personalista

Como creemos que el marxismo pretende ofrecer una filosofía de la existencia que sustituya la cristiana es importante resaltar algunos de aquellos puntos en donde creemos que ambas doctrinas depositan su fe histórica.

Si para Marx y Engels los puntos culminantes de nuestra hominización los constituyen el trabajo y la vida como merecimiento de una especie no así para la visión judeo-cristiana en donde la vida es un don personal inmerecido dado por un Dios personal que es amor y que respeta las decisiones libres de los hombres.

Es la visión del hombre en que él es representante, diríamos hoy, legal, de un Dios, Único y Personal que lo creó precisamente para administrar los bienes de una creación hecha sólo para él y como medio para que esta criatura tan especial que es el hombre no solo la transformara en bien de sí mismo sino para honra y gloria de su Autor en cuya comunicación permanente se halló desde un principio el hombre. Aquel estado en donde la acción, la oración y la contemplación eran indistinguibles se perdió y la naturaleza interior del hombre quedó rota y dividida. Cuándo y cómo se sucedió la aurora de nuestra hominización todavía no lo sabemos; cual fue la causa y manera de perder aquel estado de "inocencia" original, mejor, de unión perfecta con nuestro Autor, si nos lo insinúa claramente el Génesis, su mensaje es el de que se debió a una decisión libre y personal del hombre cuyas consecuencias él muy desafortunadamente no vislumbró: fue cuando el hombre descubrió para él y sus descendientes que el mal es la ausencia de bien.

Otro punto que es fundamental distinguir entre ambas doctrinas es el de su actitud hacia los pobres. Muchos han creído que por exaltar ambas doctrinas a los pobres entonces existen puntos en común para un compromiso político conjunto: Cuan lejos de la verdad está esta tan bien intensionada aspiración! Ya que mientras el marxismo desea convertir a los proletarios en burgueses (véase el ideal del hombre comunista ya citado) Cristo a lo que invita es a que el burgués se vuelva proletario y valga la verdad que fue consecuente en su decir y en su actuar. El Reino de los Cielos del que habla Cristo es precisamente eso: de los Cielos, allá arriba, no se sabe dónde, sólo que es allá... el sitio y el tiempo no importan. El reino de Marx será acá: el sitio y el tiempo si cuentan: URSS, Cuba, China, Polonia; año?

Creemos haber establecido a lo largo de este ensayo suficientes elementos que permitan formarse una idea de la visión cristiana del hombre sólo nos resta resumir algunos elementos de la ética católica la que en su aspecto formal o ideales para ser alcanzados están el de: amar a Dios y al prójimo, buscar la honra y gloria de Dios y el cumplimiento del deber moral del Trabajo Humano como mandato de Dios y solo como *medio* para la propia supervivencia y la construcción comunal del futuro de la humanidad. Entre los medios (ética práctica) están el del cambio al interior del hombre por su libre elección y aplicación de su voluntad pero asistido por la gracia para que con criterio de administrador (y no de dueño, accionista o presidente de junta directiva) de la creación sirva a los demás.

Con estos elementos esperamos ahora concluir este ensayo con el esbozo de algunas ideas sobre nuestra noción contemporánea de responsabilidad y una aproximación a la causa de la crisis y el camino de su solución.

3. TRABAJO Y RESPONSABILIDAD

Hasta el Renacimiento y la Reforma prevaleció la noción cristiana de que si en el corazón del hombre reside el bien y el mal y el hombre es libre de escoger el curso de su actuar, entonces, el espacio de su responsabilidad —o grado de aceptación de las consecuencias que sus decisiones personales tengan sobre su entorno— no se salía del mismo hombre. Esta noción solo la ha conservado hasta nuestros días la tradición católica personificada en el Magisterio de la Iglesia.

Todo lo que en el pensamiento occidental se ha salido de esta tradición, y no es que sea enemigo del pluralismo, lo que ha hecho es *ampliar* el espacio de esa responsabilidad para ir paulatinamente incluyendo otras categorías: la razón, el otro y los demás, la herencia biológica, la imposición familiar, la religión, las tendencias sexuales frustradas, la escasez de capital, la falta de tecnología, el gobierno, el exceso de gente, la recesión económica mundial, la propiedad y el odio entre clases, los valores imperantes y la deshomineidad de los demás, la historia y la cultura, en pocas palabras: *el entorno cultural, social, económico, y hasta tecnológico del hombre*.

Es explicable entonces que en crisis como las actuales en la que, exceptuando a Popayán, la Naturaleza no ha demostrado signos extraordinarios que la saquen de su curso normal nos hallemos en un grado de desconcierto como pocos en nuestra historia. No logramos en nuestra cacería de brujas dar con ella, cada cual opina diferente sobre a

quien hay que llevar al tribunal de inquisición (hoy ya no compuesto por clérigos y cardenales sino por intelectuales, científicos y políticos); naturalmente que nadie acepta la bruja que lleva en su interior, pues cinco siglos de elaboración intelectual han logrado desterrarla. Si el enriquecimiento rápido y fácil animó a muchos colombianos en los últimos años y si al fin colapsó la estructura no se debe, en mi parecer, a una crisis de valores ya que el hombre no existe sin ellos. Se debe precisamente a que los valores imperantes no garantizan la supervivencia de la sociedad. No es que hayamos estado sin ética, cada cual ha construido la suya y con ella ha racionalizado su actuar. Lo que ha pasado es que ha imperado aquella en la que no toleramos las trampas de nuestros hijos en sus exámenes ni la sobrefacturación que hagan nuestras esposas en el mercado, en cambio, las que se hagan en nuestra empresa y nuestro trabajo siempre encontramos forma de justificarlas.

Nuestra práctica empresarial y quehacer tecnológico, producto del ejemplo recibido de estas actividades en Europa y EE. UU. (y recientemente del Japón) y de una muy poco reflexiva asimilación de textos extranjeros nos han llevado a la imitación inconsciente. No hemos desenmarañado aún la visión que del hombre y su actuar llevan implícitas todas las teorías que nos llegan. La idea inventada por los estudiosos de las ciencias sociales y que constituye uno de los juicios de valor más siniestros del siglo XX, aquella de que somos "subdesarrollados", nos ha permeado hasta tal punto que a pesar de poder comprobar vehemente en las sociedades que se autotitulan "desarrolladas", "industrializadas" o "post-industrializadas", su preocupante deshumanización deseamos, a toda costa, imitar sus formas gerenciales, sus relaciones laborales, sus prácticas familiares, educativas y religiosas.

Cuando vemos que el camino propuesto por utopistas sociales del siglo XVIII en adelante ha rendido sus "abundantes" frutos en las sociedades que ciegamente siguieron sus enseñanzas, es cuando le damos el "sí" incondicional a su espejismo y nos lanzamos en la loca carrera del "desarrollo".

Pero es que no vemos el sopor de sus obreros que se contentan con las migajas de la economía del bienestar y prefieren el ocio al trabajo creativo, o los ancianos que vegetan su angustiosa soledad en los corredores de sus asilos, o los padres y maestros que les temen a sus hijos y discípulos, o la desintegración familiar proclamada como panacea de la afirmación individual y la alteración de las prácticas sexuales hasta el punto de producirse ante nuestros ojos una posible mutación evolutiva?

La obra de Weber me demuestra convincentemente que la práctica de una ética particular (la protestante) dispuso en un momento dado de la historia el clima propicio para que por el ejercicio de una forma de pensar y trabajar, los hombres, junto a importantes circunstancias económicas y tecnológicas, gestarán una forma de vida y una forma de llevar a cabo el trabajo humano que llamamos capitalismo y a la cual el socialismo y el comunismo también contribuyen hoy casi que con igual propósito religioso que en un momento dado de la historia lo hiciera el protestantismo. Es de suponer por lo tanto que lo indeseable que tengan dichas ideologías (el liberalismo racionalista, marxismo utópico), como formas de organización del trabajo y de las relaciones sociales, sólo será superable por la toma de conciencia y ejercicio de valores religiosos que nos acerquen al conocimiento de la verdadera naturaleza del hombre y del propósito que tuvo el Creador al donarle su existencia.

Y así como en el siglo XII y XIII la cultura cristiana preservada y transmitida en los monasterios europeos pudo hacerle frente a la embestida de las obras greco arábigas que no tenían raíces en el pasado cristiano y parecían irreconciliables con el dogma católico (Dawson; 1962: 20), así creó hoy, parafraseando a Dawson: que la potencia intelectual y espiritual de la cultura cristiana basta para hacerle frente a la errada y tan perjudicial visión del hombre que las filosofías del siglo XVIII y XIX —liberalismo racionalista y materialismo revolucionario— se le ofrecen al hombre contemporáneo subyacentes en gran parte de nuestras ciencias sociales y naturales.

Mi aporte por lo tanto no tiene nada de original, he venido aquí simplemente a recordarles que hay una visión del hombre con más de 20 siglos de existencia y cuya invalidez no puede demostrarse para otro ya que depende del fuero interno de cada cual; es aquella de que el mal no está fuera de nosotros sino arraigado en lo más profundo de nuestro ser: a nuestro ámbito inmediato remoto, social o económico tiene que ver con nuestra infelicidad pero que no es lo definitivo, en última instancia, es nuestra decisión libre y autónoma lo que inclina la balanza, pero que hoy desafortunadamente nuestra potencial lucidez para hacer un uso certero de estos dones se ve obnubilada y oscurecida por la rienda suelta que le damos a nuestras tendencias naturales, quedando entonces dominados por el orgullo, la soberbia y la ambición desaforada de riqueza o poder.

Quien hace política social no es el gobierno, en nuestro caso cada cuatro años, a lo sumo, cambia de rumbo: no niega este el poder catalizador de iniciativas privadas o públicas por parte de los gobernantes de turno, sin embargo los procesos sociales tienen su origen en otro ámbito: en el personal, en la íntima interioridad en que todo hombre decide tomar un curso de acción: y es la suma de este grande pero *finito* número de decisiones individuales lo que produce un curso de acción en la sociedad; hemos endiosado hasta tal punto nuestras jerarquías que sólo creemos trascendental las decisiones del primer magistrado y de los poderosos de nuestra sociedad, sin embargo olvidamos que la decisión de una humilde mujer en un poblado de Israel hace 20 siglos cambió el curso de la historia.

Si tomamos el ejemplo de Jesús y su Evangelio como camino, verdad y vida que nos inspiran una reflexión sobre la naturaleza del hombre y del trabajo humano para nuestras sociedades y sus actuales circunstancias de existencia histórica, nos vamos a encontrar ante la dura realidad de que una gran porción del conocimiento actual está muy alejado de lo que en realidad es el hombre latinoamericano y de lo que debería constituir el propósito de su actuar y en particular, de su trabajo.

BIBLIOGRAFIA

AGUSTIN, San. *La ciudad de Dios*.— Madrid: Editorial Católica, 1968.

COPPLESTON, Frederick. *A history of philosophy*.— New York: Doubleday Image Book, 1962. Vol. 5, Part 1.

DAWSON, Christopher. *Progreso y Religión*.— Buenos Aires: La Espiga de Oro, 1943.

— — — — La crisis de la economía en Occidente.— Madrid: Rialp, 1962.

ENGELS, Federico. El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre.— Bogotá: Panamericana, 1981.

McGREGOR, Douglas. *The human side of enterprise*.— In: Leavitt and Pondy Readings in managerial Psychology.— Chicago: University of Chicago Press, 1964.

New Oxford Review. American Church Union. Oakland. Ca.— Vol. 50, No. 6 (Jul-Ag. 1983).

RUBEL, Maximilian. *Páginas escogidas de Marx para una Etica Socialista*.— Vol. 2.— En: Revolución y Socialismo.— Buenos Aires: Amorrortu, 1970.

TILGHER, Adriano. Work. *What in meant to men through the ages*.— New York: Harcourt & Brace 4, 1930.

UNESCO. *Historia de la Humanidad*.— 4 ed.— Bogotá: Planeta. 1981. Vol. 2.

WEBER, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.— Barcelona: Península, (197?).